



RITHY PANH

El cineasta evoca en un libro sus contactos con el más sanguinario de la pesadilla camboyana

Duch, la peor cara de los jemeres

JUAN MANUEL BELLVER / París
 Corresponsal

«A los 13 años, perdí a toda mi familia en pocas semanas. Mi hermano mayor, que se marchó solo a pie hacia nuestra casa de Phnom Penh. Mi cuñado, médico, ejecutado en una cuneta. Mi padre, que decidió no seguir alimentándose. Mi madre, que en el hospital de Mong se echó en la cama donde acababa de morir una de sus hijas. Mis sobrinas y mis sobrinos. Todos ellos barriados por la crueldad y la locura de los jemeres rojos. Me quedé sin familia. Me quedé sin nombre. Me quedé sin rostro. Y fue así como seguí con vida, porque me había quedado sin nada», explica Rithy Panh en su último libro, *La eliminación* (Anagrama).

Como Primo Levi, Aleksandr Solzhenitsyn, Elie Wiesel y tantos otros autores que han sufrido en carne propia la represión de las dictaduras más sanguinarias del siglo XX, y han vivido para contarlo, Rithy Panh nunca ha podido olvidar las torturas, ejecuciones y cadáveres que todavía pueblan sus peores pesadillas.

Rithy Panh, en el rodaje de 'S-21: la máquina de matar de los jemeres rojos'.
 JOHN VINK / MAGNUM
 PHOTOS / CONTACTO





EM2 / CULTURA



Restos de hombres tras ser torturados y ejecutados por los jermes rojos. Abajo, Kaing Guek Eav, más conocido como Duch.

GETTY / REUTERS

RITHY PANH

● «Reflexionó sobre el genocidio y los resortes de sus instigadores»

● «Las víctimas no pueden ser un número, cada una tiene su historia»

Viene de página 47

Duerme poco, trabaja mucho y ha dedicado el grueso de su obra cinematográfica y literaria a la historia reciente de su país, Camboya, desde el final de la era colonial hasta el espeluznante régimen comunista de Pol Pot, que entre 1975 y 1979 provocó la muerte de 1,7 millones de personas. A los 30 años de aquel genocidio, el cineasta y autor franco-camboiano habla en primera persona para volcar sus recuerdos de infancia y sus reflexiones de adulto sobre el origen del horror en este libro escalofriante, estructurado alrededor de sus encuentros con Kaing Guek Eav, más conocido como Duch: el carnicero que dirigió durante casi un lustro el centro de tortura y ejecución S-21 de Tuol Sleng.

«Al menos 12.380 personas fueron torturadas en ese lugar y a los martirizados que habían confesado los ejecutaban en el campo de la muerte de Choeung Ek, a 15 kilómetros de allí. En el S-21 nadie escapaba a

la tortura. Ni a la muerte. Todo estaba bajo el mando de Duch», escribe Rithy Panh. «El S-21 era el final. Ya no servía de nada rezar. Desde que entraban no eran más que cadáveres», le confesó el verdugo al superviviente en una de sus entrevistas.

Condenado a perpetuidad en febrero de 2012 por el Tribunal Internacional para el Genocidio Camboiano, que le declaró en apelación culpable de «exterminio», encontrarse cara a cara con el infame Kaing Guek Eav era la asignatura pendiente de nuestro autor tras haber escarado anteriormente en la intrahistoria de aquel siniestro centro en su documental S-21: la máquina de matar de los jermes rojos (2003).

El personaje que halló en una cárcel de Phnom Penh esperando sentencia no daba la imagen de un demonio sino de «un anciano educado con grandes ojos soñadores». Pero oyéndole hablar, disculparse, tratando de racionalizar sus actos, Panh asegura haber vislumbrado «la crueldad y la locura de sus 30 años». Y esa visión estremecedora del mal alimenta *La eliminación*. De ello habló el pasado jueves con EL MUNDO.

Pregunta.—¿Cómo surge el libro?

Respuesta.—Había pasado tres años preparando el documental *Duch, el maestro de la forja del infierno*, que se presentó en el Festival de Cannes 2011. Y tenía tanta información que decidí volcarla en un texto. La escritura me permitía implicarme de forma más íntima en el tema, cosa que en el cine prefiero no hacer.

R.—En sus películas se muestra usted más distante...

R.—Yo no diría distante. En temas como estos no se puede ser distante. Cuando haces un filme sobre hechos recientes siempre tomas partido por un bando. Lo que ocurre es que en

mis documentales nunca he hablado de mí, aunque los hechos que cuento me conciernen.

P.—¿Por qué se ha decidido ahora a contar su historia personal?

R.—Nesitaba tiempo y distancia. No se trataba sólo de testificar porque ya se han publicado bastantes libros que denunciaban la tragedia camboiana. El mío es más una reflexión sobre el genocidio y los resortes que han movido a sus instigadores a cometer un crimen tan atroz.

P.—¿También una necesidad de librarse de todos sus fantasmas?

R.—No sé si es posible librarse de todos en un solo libro, pero sí al menos de unos cuantos. Además de eso, es una manera de ajustar cuentas con los jermes rojos y homenajear a los que murieron, un intento de devolver a las víctimas la dignidad a través de la verdad. Las víctimas no pueden ser un simple número de caídos que se conmemora cada año. Cada una tiene su historia y eso es lo que quiero hacer comprender.

P.—*La eliminación* trata del régimen de Pol Pot, pero escarba igualmente en la naturaleza humana.

R.—Sí. Y es un tema inabarcable, que estudio partiendo del baño de sangre que vivió mi país en aquellos años. Hay autores extranjeros que han escrito al respecto, pero muy pocos camboianos. ¿El motivo? Durante el gobierno de los jermes rojos, la mayoría de los intelectuales murieron de hambre o enfermedad, cuando no fueron asesinados.

P.—¿Por qué en vez de narrar sus recuerdos ha querido poner a Kaing Guek Eav en el centro del relato?

R.—Contar únicamente mi experiencia no habría sido interesante. En cambio, la figura de Duch me permitía expresar todo lo que yo viví en relación a lo que él hizo.



Contra el olvido

El relato de Rithy Panh es escalofriante, deja sin respiro, como estas reflexiones: «A pesar de todo el dolor sigo adelante y consigo crear. Aprendes a vivir con ello, con la ausencia de toda esa familia a la que añoras. Puedes tomar pastillas para dormir, pero no puedes luchar contra los recuerdos. Yo formo parte de una generación asfixiada. Cuando pasas por una experiencia así es como haber sufrido una radiación nuclear. No te recuperas de eso jamás. Cuando algo se rompe, puedes intentar pegarlo, pero siempre quedan las cicatrices. Yo lo perdí todo, pero soy un luchador. Lo único que me importa ahora es ayudar a los demás. Paso el 50% de mi tiempo en Camboya, dedicado a formar jóvenes cineastas o a fundar el Centro de la Memoria Audiovisual de Phnom Penh para que todo el mundo pueda consultar la historia reciente y las víctimas no caigan jamás en el olvido».

P.—¿Cómo es el personaje?

R.—Un hombre educado, tranquilo, que habla muchos idiomas y se expresa muy bien. No tiene la apariencia de un monstruo, pero la vida lo convirtió en eso. Era profesor de

instituto, como mi padre, que también era una persona cultivada que dominaba varias lenguas. Entonces la pregunta es: ¿por qué él cayó en el lado oscuro y mi padre, en cambio, pudo resistirse e incluso hacerle frente? Mi encuentro con Duch me recordó la dignidad de mi padre y de ahí nace el proyecto del libro y la necesidad de escribirlo.

P.—En sus conversaciones a lo largo de tres años, ¿ha llegado a comprender por qué el mal hizo mella en un hombre como él?

R.—Eso es imposible de adivinar. El mal está en el interior del ser humano desde que nace, igual que el bien. A lo largo de la vida, cada hombre está confrontado a elegir entre uno y otro y dicha elección afecta a toda su actitud ética y moral. Somos responsables de nuestras decisiones y a través de ellas se define nuestra estatura humana y nuestra dignidad.

P.—¿El nivel de educación influye en algo?

R.—Puede influir. Pero la teoría de que la cultura es el mejor antídoto contra la violencia no siempre se cumple. Mira el caso de Pol Pot y otros líderes de aquel régimen: no eran ni mucho menos gente iletrada, sino personas muy preparadas que habían estudiado en París

en los años 60. Tenían la capacidad de discernir y eran libres de elegir. A pesar de todo, abrazaron el mal conscientemente, provocando la muerte de un 20% de sus compatriotas... Si Duch dirigió el centro S-21 durante cuatro años no fue por casualidad. Fue una elección suya. No tiene excusa. Podría haber hecho otra cosa o incluso haberse opuesto a los métodos del régimen. Pero no lo hizo.

P.—¿Cuáles son las decisiones morales que le han marcado a usted la vida?

R.—Quizá el hecho de que siempre me sitúo en el lugar del otro. Mi trabajo consiste en eso, en escuchar a las personas. El respeto del semejante es esencial. Hay virtudes, como la generosidad, que no tenemos de nacimiento, sino que hemos de adquirir con el paso del tiempo. Hoy, a mis casi 50 años, me doy cuenta de que lo más importante es ir al en-

Sigue en página 49



Viene de **página 48**

cuentro de los demás. Si no te interesas por tus semejantes, tu vida carece de sentido.

P.— ¿Profesa alguna religión?

R.— Me he educado en el budismo, pero no soy practicante. He leído todos los textos sagrados como si fueran obras de filosofía. Vivo en Francia desde 1980, cuando llegué con 16 años huyendo de la guerra civil. Si

«Duch no parecía un monstruo; sabía idiomas, hablaba bien, era profesor...»

«¿Por qué Duch cayó en el lado oscuro y mi padre se enfrentó con él?»

no me hubiera interesado por estudiar sus raíces judeocristianas no habría entendido este país. Todas las religiones hablan del respeto del otro. La violencia y la exclusión no forman parte de las sagradas escrituras, son una errónea interpretación.

P.— Como los extremismos religiosos y políticos...

R.— Se ha dicho que el genocidio en Camboya lo provocó el comunismo, pero he leído a Marx y en ningún sitio dice que hay que matar gente para crear una sociedad más justa. Hay cosas buenas también en el marxismo, como su búsqueda de la igualdad y la solidaridad. El ultraliberalismo de nuestros días no es la solución... La tragedia de mi país es debido a una visión extrema del comunismo mezclada con ultranacionalismo: cómo crear un paraíso encerrado en sí mismo, sin dinero...

P.— ¿Duch creía en el proyecto de la Kampuchea Democrática?

R.— Sí. Los fundadores eran un grupo de estudiosos de la doctrina marxista y maoísta que decidieron convertir Camboya en una sociedad agrícola colectivista, desplazando a la gente de las ciudades al campo, eliminando a todos los que tenían estudios o sabían idiomas. Creían en ese cambio radical y lo pusieron en práctica con inusitada saña, sin el menor respeto por el factor humano. Esa gente decidía lo que era bueno y lo que no para el pueblo. Nadie llegó tan lejos y la comunidad internacional tiene algo de responsabilidad pues ni siquiera la ONU hizo nada.

P.— ¿Qué se puede hacer ahora para cerrar esas heridas?

R.— Mi país todavía no ha superado el trauma. Algunos responsables aún no han sido juzgados y muchos morirán antes de sentarse delante de un tribunal. Con la muerte, esta semana, del ex ministro de Asuntos Exteriores Ieng Sary, parece como si los principales culpables fueron a escaparse de cumplir condena.